

Para Anne y Dave

«Aquí estoy, sin hogar en mi hogar, casi satisfecho
de saber que puedo ser feliz en cualquier parte.»

JOHN CLARE

Diez cosas que le diré a mi padre

- 1) Conocí a un hombre en Singapur que olía igual que tú, a humo de cigarrillo y ante.
- 2) Recuerdo aquellas vacaciones en Grecia: ruinas y más ruinas, y tú teniendo que explicar todo el rato la diferencia entre columnas dóricas, jónicas y corintias.
- 3) Ojalá hubieras hablado de mamá. Ojalá hubieras conservado algo suyo.
- 4) Aún tengo el libro que me regalaste por mi décimo cumpleaños, cuando decía que quería ser astronauta: *Viaje por el sistema solar*.
- 5) Sé que siempre deseaste que una de nosotras llegara a ser médico, como tú.
- 6) Tengo un sueño que se repite: estoy delante de tu casa. Dentro se celebra una fiesta: oigo a la gente reír y charlar. Llamo al timbre y tardas siglos en abrirme.
- 7) Fui yo quien te robó la fotografía del estudio.
- 8) Solía espiarte: te observaba mientras cuidabas el jardín o estabas sentado en tu sillón, o cuando trabajabas en tu escritorio, de espaldas a la puerta. Siempre deseaba que te dieras la vuelta y me vieras allí.
- 9) Siento no haber estado mucho por aquí.
- 10) Por favor, no...

Mi padre vive solo en una elegante casita adosada cerca del parque Hampstead Heath. En esta zona, las casas son petulantes y sosas, disponen de entrada particular –un camino embaldosado que parece una lengua larga y muy cara– y muros del jardín lo bastante altos para que la gente no pueda ver al otro lado. Son casas de ventanas saledizas, gruesas cortinas, clemátides y glicinias.

Hago cola para coger un taxi delante de la terminal de llegadas y me fumo tres cigarrillos mientras espero. Cuando finalmente me llega el turno, me agacho para entrar en el coche y me siento un poco aturdida, mareada por la nicotina. La conductora está escuchando el *Réquiem* de Mozart. Me dan ganas de decirle que lo apague, pero no sé muy bien cómo, así que estiro las piernas en el espacio que debería estar ocupando mi mochila, apoyo la cabeza en el marco de la puerta y cierro los ojos. Intento recordar el color exacto de mi bolsa: una especie de azul marino bastante sucio. Hace años que viaja conmigo, así que tendría que saber de qué color es. Dentro llevo vaqueros, pantalones cortos, camisetas de tirantes y un impermeable. Diez paquetes de cigarrillos rusos. Un par de zapatillas bordadas para Tilly. Rímel. Brillo de labios, aunque ya casi no queda. Una piedra casi esférica que recogí para regálársela a Kal, aunque luego me maldije por haber llorado. Una *Guía indispensable de la India* que no he usado. Una linterna frontal. Una fotografía de todos nosotros, incluida mamá, tomada en una época que ni siquiera recuerdo. Es lo único que me dolería perder.

Llegamos demasiado pronto. Le pago a la taxista y bajo a la acera. Cuando la conductora se aleja del bordillo, siento deseos de levantar una mano y decirle que pare, que he cambiado de idea, que me lleve a otra parte, da igual dónde, para poder recostarme de nuevo en el asiento, sin prisas, y contemplar Londres a través de la ventanilla.

Hay que subir once escalones hasta la puerta de la casa de mi padre. Al pie de la escalera, crecen dos árboles enclenques, plantados en macetas azul cobalto de cerámica esmaltada. Un inmenso laurel oculta casi toda la ventana principal, pero aun así busco a mi padre, sentado en el sofá con un cigarrillo en la mano que poco a poco se va convirtiendo en ceniza. No está allí. Noto una punzada en el estómago; el aliento me huele a serrín y a sueño. Le arranco una hoja –de un tono verde claro, salpicado de motitas amarillas– a uno de los árboles de las macetas y la rasgo por el nervio principal.

La puerta de la casa de mi padre está pintada de color marrón rojizo, como la sangre seca. Los dos altos paneles de cristal rugoso, enmarcados por una cenefa de delicada hiedra, no permiten ver lo que hay al otro lado.

Cuando tenía trece años, mi padre me envió a una escuela de Dorset. Recuerdo el día en que volví a casa, después del primer trimestre. Mi padre había salido a trabajar, así que fue a recogerme Tilly: agarraba el volante con gesto nervioso y llevaba en la guantera su flamante carné de conducir. Me detuve en el escalón más alto y me quedé mirando el mismo timbre de latón que estoy contemplando ahora, mientras Tilly buscaba las llaves. Aquel día pensé que la puerta no se parecía a nuestra puerta y pulsé el timbre para comprobar cómo sonaba desde el exterior.

Saco un cigarrillo del bolsillo, aunque no tengo tiempo que perder. Me arañó el pulgar con el encendedor. Aspiro el humo demasiado rápido y toso –una tos débil, de fumador– con una mano en el pecho.

Diez formas de describirme

- 1) Vagabundo.
- 2) Vago.
- 3) Sin techo.
- 4) Desafortunado.
- 5) Indigente.
- 6) Desposeído.
- 7) Escoria.
- 8) Marginado.
- 9) Incomprendido.
- 10) Descarriado.

Soy viejo y tengo el corazón chungo, no hay vuelta de hoja. Y la verdad es que me siento más a gusto aquí –a orillas del río, rodeado de barro y porquería– que en plazas pijas como la que está al lado del metro, con sus chillonas pantallas y sus vigilantes de seguridad.

Voy de un lado a otro. Es lo más parecido a una estrategia que se me ocurre. Y en cada sitio, te imagino. No tengo mucho por lo que guiarme, aunque creo que algunas cosas las puedo intuir: el color del pelo, la estatura, la edad... Y sé tu nombre. Podría llamarte y esperar a que te volvieras. Nos quedaríamos aquí sentados, viendo pasar a los ciclistas, escuchando el ruido de las barcazas al entrechocar entre sí, como un repique de campanas. Y podríamos charlar.

La semana pasada, cuando creía que me iba a morir, no podía pensar en nada que no fueras tú. No es fácil concentrarse en algo cuando uno se siente como si tuviera a un adulto sentado sobre la caja torácica, pero tú me ayudaste a salir adelante. Como has hecho siempre.

Ocurrió río arriba, en el Embankment, frente a las Casas del Parlamento. Más concretamente, en la parte que está junto al hospital, donde el muro es alto y los bancos, que están colocados sobre plataformas de piedra para que uno pueda ver el río, tienen los brazos tallados en forma de rostro de pájaro. Me dirigía hacia el este, con la idea vaga de llegar hasta Albert Bridge

y pasar la noche en algún rincón tranquilo de Chelsea. Por esa zona, los polis son chungos, pero si uno se queda tranquilito en un rincón, a veces lo dejan en paz. Lo único que hacía era caminar. La doctora dijo que podía deberse a los disgustos, pero la verdad es que no sé si aquel día estaba especialmente disgustado.

Me apoyé en el muro y me sujeté el pecho con ambas manos, llorando como un crío y no como un hombre de casi sesenta años que vive en la calle. Ojalá hubieras estado allí: seguro que te habrías parado a preguntarme si me encontraba bien, pero no estabas y, de todas formas, ya estoy acostumbrado a que nadie me preste atención. Me quedé allí de pie, contemplé el río y pensé en ti y en que, por lo que yo sé, podrías estar muerta. El mundo está lleno de peligros, ¿no es así? Accidentes de coche. Cuchillos. Coágulos de sangre. Cáncer. Seguí contemplando el río, pensando en lo que podría haberte pasado, con la certeza de que en cualquier momento iba a caer fulminado. Supongo que es comprensible que perdiera el control. No me refiero a ponerme a chillar o gritar: no es mi estilo y, por otro lado, se considera prudente mantener la cabeza gacha cuando uno vive como yo. No, me limité a lloriquear como un crío.

No me malinterpretes, no siempre soy así. Me gusta beber y bromear. Me gusta tumbarme en la acera y contemplar las estrellas. Es sólo que pensé que estaba teniendo un ataque al corazón. Pensé que me iba a morir sin encontrarte.

También pensé en ella, y en su nombre rojo escarlata. Nos escapamos una vez, a pasar un fin de semana en Brighton; fue perfecto. Comimos helado, y patatas con pescado frito. Hicimos –se me antoja raro contártelo a ti–, hicimos el amor en un decadente hotel con vistas al mar.

Miento cuando digo que fue perfecto. Fue triste y deprimente. Me enfurecí; nos dijimos cosas feas en una habitación prestada. Ella cerró los ojos y apretó los labios como solía hacer cuando estaba furiosa. Supongo que para ella tampoco era fácil.

Una vez que me enamoro, me resulta casi imposible des enamorarme. Es algo que he descubierto acerca de mí y, la verdad, no me hace la vida precisamente fácil.

* * *

No soy muy amigo de los médicos, pero después de lo que pasó en el Embankment, me obligué a ir. Recuerdo que la consulta olía a moqueta nueva, un olor dulzón y áspero. Me senté al lado de una mujer que debía de rondar los cuarenta y ella se levantó y se fue a la otra punta de la sala. Intento que esas cosas no me afecten, así que cogí unos cuantos periódicos y empecé a buscarte. Nada.

El nombre de la doctora era del color de la arenisca calentada por el sol. Tenía una mirada amable y, cuando me tocó, noté que sus manos eran suaves y frescas. Es normal preocuparse, me dijo, da miedo; la primera vez, todo el mundo cree que se va a morir. Lloré otra vez, en aquella minúscula consulta provista de una camilla cubierta por una larga tira de papel. La doctora sonrió y me ofreció un pañuelo de papel. Supongo que fue el contacto de sus manos, o el problema que tengo en el corazón, o la mujer de la sala de espera lo que finalmente consiguió que me desmoronara. Y sospecho que la doctora lo sabía. Me hizo las mismas preguntas que los médicos hacen a la gente como yo. Preguntas que, en mi opinión, nunca son las importantes.

Le puso un nombre: angina, azul helado, principio y fin. Me mostró un botecito rojo y me dijo que me iría bien, que me aplicara un poco de aerosol bajo la lengua y ya no tendría que apoyarme en una pared, sujetándome el pecho con la mano, para no caer fulminado. Cogí el medicamento y me marché. Y seguí haciendo lo que llevo años haciendo: escribir tu nombre muchas más veces de las que recuerdo. Siempre, al principio, escribo tu nombre.

Diez cosas que sé sobre mi madre

- 1) Se llamaba Julianne, pronunciado a la francesa, aunque no era francesa.
- 2) Era muy guapa (encontré una fotografía en el estudio de mi padre, en la que aparecen ellos dos y nosotras tres. Yo salgo mirando a mamá, cogida de su mano. Me la llevé cuando me marché al colegio, pero mi padre jamás dijo nada. Está en mi mochila, que se ha perdido).
- 3) Tengo el pelo del mismo color que ella.
- 4) Mi padre la amaba. Nunca ha vuelto a enamorarse.
- 5) No siempre pensaba antes de actuar. Lo sé porque cuando tenía catorce años, me subí a un árbol en Hampstead Heath: llevaba unos zapatitos muy ligeros que no sujetaban bien el pie. Subí demasiado alto, me caí y me rompí una pierna. De camino al hospital, papá me dijo: «Eres igual que tu madre, Alice. ¿Es que nunca puedes pararte un momento a pensar en las consecuencias?».
- 6) Después de la muerte de mamá, papá empaquetó todo lo que tuviera que ver con ella, incluidos los cojines de color turquesa y dorado que tanto gustaban a Tilly y Cee. Lo metió todo en enormes bolsas negras de basura y se las llevó en el coche. Jamás volvió a traerlas.

- 7) En verano le salían pecas en las mejillas y en los hombros, igual que a mí (mi padre me lo contó y luego se ruborizó, cosa que jamás le había visto hacer. No supe qué decir).
- 8) Ella y papá discutían mucho (según Cee; Tilly dice que no se acuerda, pero bueno, es de las que siempre miran los toros desde la barrera).
- 9) Conducía un Citroën GSA. Hacía cinco meses y veintiún días que se había sacado el carné. El veredicto fue muerte accidental, que para mi gusto suena demasiado a incidental.
- 10) De no haber sido por mí, ese día no habría cogido el coche.